

## EL DIA QUE LOS MARINOS SE VISTIERON DE MILITARES

Patricio Villalobos Lobos\*

**E**ra Agosto de 1950 y los sones de los tambores y cornetas resonaban en los patios interiores de la blanca casona de Playa Ancha, construida por el ingeniero don Carlos von Moltke e inaugurada el 5 de marzo de 1893. Era la Escuela Naval, construida donde anteriormente se encontraba el Cuartel "San Antonio", y aquellos sonidos se debían que los cadetes se preparaban una vez más para la Parada Militar de Septiembre.

Después de un largo entrenamiento de infantería, ese día pasarían revista en tenida de desfile, ante el exigente Subdirector, Capitán de Fragata don Arturo Oxley Undurraga, quien había sido designado Comandante del Regimiento de Presentación Escuela Naval.

A pesar que muchos utilizaban el dormán de parada para desfilar, la tradición oral indicaba que para las formaciones se debían usar los dormanes de "herencia" o aquellos dados de baja como integrante del uniforme de salida y denominadas "chaquetas de equipar".

Especial preocupación eran los cadetes de primer año, que habían iniciado la experiencia de cambiar el centenario uniforme de salida o parada, de chaqueta corta, por otro similar a uno usado en la Royal Navy, de chaqueta larga.

Por lo tanto, esos cadetes sólo tenían "chaquetas de equipar" para las formaciones.

El propósito del Comandante del Regimiento Escuela Naval, era que sus cadetes sobresalieran en la Parada Militar, no sólo por su disciplina, sino también por su correcta presentación personal.

Las Compañías formadas en los patios N° 1 y 2, esperaban su turno para obtener la aprobación del exigente jefe.

Lentamente examinaba uno por uno a los cadetes y decía al oficial ayudante, por ejemplo: "Anote, 2° Batallón, Segunda Compañía, Tercera Sección, Segunda Escuadra, Cadete XYZ, comprar zapatos, cambiar estrellas, cambiar gorra y escudo". Y así iba registrando e identificando detalladamente a aquellos, que según su opinión, no estaban presentables, especialmente para desfilar por las calles santiaguinas, el 19 de septiembre.

En una próxima ocasión, nuevamente los cadetes fueron revistados, para confirmar que los detalles y observaciones dadas por el Comandante del Regimiento, se hubieren corregido.

Las siguientes semanas fueron un tormento para los cadetes, pues las prácticas se intensificaron para la Parada Militar, que en Valparaíso se efectuaba el día 18 en el Parque Alejo Barrios y el 19 en Santiago, en el parque Cousiño.

Las continuas prácticas fueron perfeccionando el funcionamiento de las diferentes formaciones, cantos sobre la marcha, paso regular, etc. y podría decirse que la Escuela Naval se hacía acreedora de tener un sobresaliente desempeño frente a sus competidoras santiaguinas, la Escuela de Aviación y especialmente la Escuela Militar, en cuyo alcázar se permanecería transitoriamente durante el día 19.

Por fin llegó el día del desfile del día 18 y todo habría transcurrido normalmente, si no se hubieran presentado unos negros nubarrones que amenazaban con descargar las toneladas de agua que contenían. Los uniformes brillaban impecablemente, tal como el Comandante del Regimiento lo había exigido.

En ese tiempo, el Escalón Naval efectuaba dos desfiles en Valparaíso, en el Parque Alejo Barrios. Uno por Secciones en línea y otro por Compañías en línea. Vale decir, que las autoridades presenciaban dos desfiles consecutivos de las mismas tropas, en diferente formación, siendo el segundo una demostración de como sería la presentación en Santiago, ante el Presidente de la República.

Todo salió impecable. A pesar que cayeron algunos goterones, ello no fue lo suficiente como para amilantar el espíritu de los cadetes.

Sin embargo, cuando los cadetes esperaban regresar a la Escuela por la Avenida Playa Ancha, cantando las diversas canciones aprendidas y ensayadas en múltiples ocasiones, al término del desfile, el Comandante Oxley dijo:

"¡Poner atención el Regimiento! El desfile estuvo bueno. Ahora para templar los espíritus y como ensayo a la caminata de mañana, nos vamos a la Escuela marchando por la Avenida Altamirano". Y ante la incredulidad de los cadetes que esperaban salir de franco temprano, el Regimiento Escuela Naval se dirigió hacia la avenida Eulogio Altamirano, marchando por la bajada que la conecta a la caleta El Membrillo, al compás de marciales marchas alemanas. Para hacer las cosas más difíciles, al llegar frente a los Arsenales de Marina, hoy Centro de Abastecimiento(V), el tambor mayor se dirigió a la subida Taqueadero, por una senda de adoquines que desnivelados, hacían más dura la marcha.

Para aminorar el esfuerzo, se dispusieron cantos militares, que los cadetes coreaban con juvenil entusiasmo.

Llegando cerca de la Escuela, el Comandante del Regimiento abandonó su puesto en la vanguardia de la formación y se dirigió a los cadetes: " Ahora, lo mejor del día, como es tradicional cantaremos el Himno de la Escuela Naval. ¡Que se estremezcan los vidrios de los edificios! ".

Y las voces de aquella juventud idealista, resonaban contra los cristales de las casas de Playa Ancha, haciéndose escuchar a muchas cuadras a la redonda.

Al llegar al interior de la Escuela, las diferentes Compañías se iban formando en el patio N° 1, para efectuar la tradicional ceremonia de rendir honores al estandarte nacional, antes de ser guardado en su cofre de caoba.

Antes de ello, el Comandante Oxley se dirigió a los cadetes:

"Cadetes, lo hicieron muy bien. El desfile salió bastante bien. Mañana debe salir excelente. Ahora quiero que al rendir honores a nuestra enseña inmaculada, demostremos que el cansancio no nos ha hecho mella".

Y los cadetes estimulados por la arenga de su Comandante, efectuaron un impecable manejo con su carabina, que simbolizaba el amor patrio inculcado en sus hogares y reforzados diariamente en esa vieja casona del cerro Artillería.

Apremiados por la pronta salida de franco, los cadetes rápidamente se ducharon y prepararon para pasar la revista reglamentaria, que los dejaría liberados por corto tiempo del duro régimen de la Escuela.

La recogida fue temprana, a las 20.00 horas y ya a las 21.00 horas toda la Escuela dormía, recuperando las energías gastadas durante ese duro día.

El sueño reparador fue bruscamente interrumpido a las 04.00 horas, cuando el son de una corneta tocó la diana, que indicaba el comienzo de una jornada extremadamente dura.

A las 05.00 horas ya estaba formada la Escuela, lista para salir con rumbo a la Estación Puerto, donde un convoy especial, trasladaba al Escalón Naval a la capital.

El tiempo estaba amenazante y la noche anterior había llovido por momentos.

Al son del himno patrio, se rindieron los honores al estandarte y acto seguido el Regimiento se puso en marcha.

Rota la formación para facilitar el descenso del cerro por las escalinatas de la subida Artillería, ágilmente los cadetes bajaron las decenas de peldaños de la enmarañada pendiente, ubicada frente a la puerta principal de la Escuela.

Terminado el descenso formaron en la subida Carampangue , en dirección a la Plaza Aduana.

La brusca irrupción de los sonos marciales en el silencio de la madrugada, atrajo a los muchos trasnochados clientes de los lenocinios y bares existentes en el sector, que junto a sus eventuales compañeras gritaban:

"¡Viva la Marina! ¡Vivan los cadetes! ¡Viva Chile!"

Y la Escuela Naval marcialmente marchó a la estación Puerto, sin dejar antes de rendir honores con paso regular ante el monumento a los Héroes de Iquique.

Al llegar al andén, las tropas de marinería ya se encontraban embarcando a sus últimos hombres, para dejar despejada la plataforma de embarque a los cadetes.

Un ambiente festivo y un nerviosismo disimulado embargaba a las tropas, que instaladas en los vagones de ferrocarril y desequipadas, coreaban canciones o lanzaban sus gritos de guerra que identificaban a la Escuela o a la Marina, los que eran vitoreados por todos los del vagón.

A las 06.00 horas en punto el tren se puso en marcha y a medida que se internaba tierra adentro y al pasar por las diferentes estaciones, los gritos de guerra de multiplicaban en un afán de hacerle saber a la ciudadanía, que la Marina se trasladaba a Santiago y que sus componentes estaban orgullosos de pertenecer a ella.

Largo fue el viaje, pues por ser un convoy especial, debía esperar las diferentes combinaciones de trenes de itinerario, que ocupaban la única vía entre Quillota y Santiago.

Eran aproximadamente las 10.30 horas cuando la locomotora eléctrica que llevaba banderas chilenas a ambos costados, hizo su aparición en la estación Mapocho.

Rápido fue el desembarco y los aspirantes a marinos se formaron a un costado del terminal ferroviario, esperando que los regimientos de tropa de marinería salieran primero.

Había llovido recientemente y las calles estaban mojadas, habiéndose formado pozas en ellas.

Alejada la marinería, el Comandante Oxley y sus cadetes se pusieron en marcha por la calle Ismael Valdés Vergara. En ese entonces no existía el monumento a los Héroes de Iquique, que se encuentra ubicado frente al Mercado Municipal, el que fue inaugurado el 21 de mayo de 1962.

Durante las prácticas, el Comandante del Regimiento, se preocupaba frecuentemente de corregir los más mínimos detalles. Ahora marchaba erguido como una vara en la vanguardia, confiado que todo el entrenamiento y horas de sacrificio, tendrían sus frutos.

Los cadetes evitaban pasar por los charcos para que los brillantes zapatos no perdieran su elegancia y para no manchar los pantalones blancos.

Luego la Escuela se dirigió a la calle Mac Iver y desfiló frente al Centro de Ex Cadetes y Oficiales de la Armada, el famoso Caleuche, mientras entusiasmados santiaguinos daban vivas a Chile y a su Marina.

No faltaban las buenas mozas que disimuladamente coqueteaban con algún cadete o aquellas con más personalidad que aprovechándose de la disciplina impuesta, impudicamente mostraban su favoritismo por algún afortunado.

El tambor mayor al llegar a la Alameda, hoy denominada avenida del Libertador Bernardo O'Higgins, dobló al poniente y la Escuela a su vez cambió la formación a bloques de Compañía, para aprovechar la concentración de la tropa en los cantos militares. Estos acompañados de trozos silbados por los cadetes, constituían un conjunto musical armonioso que era premiado con aplausos por la gente que atraída por los sonos de la banda, concurrían a las aceras para ver pasar a la Escuela.

Luego el Regimiento dobló hacia la Avenida Dieciocho de Septiembre y la formación avanzó rápidamente hacia su objetivo: la Escuela Militar, en su antiguo alcázar de la Avenida Blanco Encalada.

La hora de la máxima prueba se acercaba, porque al entrar a la Escuela Militar, ésta esperaba formada a su congénere marina y ambas quedaban finalmente frente a frente, esforzándose cada cual, en no cometer ningún error.

La gente inundaba el cuartel militar, tanto en el patio Alpatocal, como en los pasillos del segundo piso.

Al entrar la Escuela Naval en el patio de la Escuela Militar al son de su himno, el tambor mayor lanzó impecablemente al aire su guaripola, recogiénola con elegante estilo, lo que produjo un estruendoso aplauso, que se mantuvo hasta que terminó de entrar la última sección.

Nunca en todo el año los cadetes navales habían hecho un mejor manejo que en esa ocasión; prácticamente querían quebrar la carabina en cada movimiento.

Terminada la colocación del Regimiento, el Comandante Oxley ordenó los honores correspondientes al Director de la Escuela Militar, dueño de casa y más antiguo que él.

Se había adoctrinado a los cadetes que el tratamiento que debían tener con un Coronel era de: "¡mi Coronel!", que es su equivalente al de Capitán de Navío.

"¡Buenos días Escuela Naval!" tronó el vozarrón del militar.

La Escuela Naval contestó: ¡Buenos días, mi coronel...ante!", pues unos despistados habían contestado: "¡Buenos días, mi comandante!"

Cada Escuela rindió los honores a sus respectivos estandartes, rivalizando por hacerlo mejor, ya sea en los manejos, como por el paso regular de los abanderados y la marcialidad de las bandas.

Al final vino la retirada y las Escuelas pasaron a almorzar por turnos y en las mesas se confundían los cadetes de ambos institutos, que terminadas las rivalidades al tocarse retirada, ahora aprovechaban de fomentar una auténtica camaradería.

A las 13.30 horas formaron ambas Escuelas para dirigirse al parque Cousiño, que en 1971 cambió el nombre a parque O'Higgins. Nuevamente la camaradería desapareció y surgió la rivalidad de quien lo hacía mejor.

La primera en dirigirse al Parque fue la Escuela Naval, ya que la Escuela Militar, por ser más antigua, entraba última al antiguo Campo de Marte.

Justo a las 14.00 horas hacía su ingreso el tambor mayor de la Escuela Naval en el Parque, bajo un cielo amenazador de negros nubarrones, que presagiaban la aproximación de una tormenta.

Las lluvias de la noche anterior y aquellas matutinas ocasionales, habían formado charcas en el suelo del parque, que en esa época no era pavimentado.

Los cadetes cuidando su presentación, concepto tantas veces insistido en las prácticas, evitaban pisar el barro o pasar por el agua, para que su pasada ante el Presidente de la República fuera impecable.

Después de las evoluciones de rigor, la Escuela quedó ubicada en el segundo lugar de la primera línea.

Pronto llegó la Escuela Militar y tomó su ubicación correspondiente.

El Presidente de la República, don Gabriel González Videla debía ingresar al Parque a las 15.00 horas, pero pasaban los minutos y no aparecía.

Los negros nubarrones no quisieron esperar más y descargaron una lluvia de granizo sobre las tropas, que estoicamente permanecieron formadas, sin moverse ni un ápice.

El granizo golpeaba las gorras, haciendo un ruido muy peculiar. A pesar de esa protección y debido al ventarrón que acompañó a las precipitaciones, las partículas de lluvia helada entraban por los cuellos de los uniformes, deslizándose por las espaldas de los cadetes. Aún así, nadie se movió.

En la tribuna de honor se produjo el desbande de algunos, pero la mayoría abrió su paraguas y soportó el chaparrón.

Eran aproximadamente las 15.40 horas cuando apareció el carruaje que transportaba al Primer Mandatario y como si el cielo se hubiera enojado por la espera, abrió las compuertas que sujetaban toneladas de agua y un tremendo aguacero cayó sobre el parque Cousiño.

Bajo una fuerte lluvia, el Presidente de la República pasó revista a las tropas.

Amainada ésta, se produjo un alza en el volumen de las voces de la tribuna y algunas risas.

¿Qué pasaba? Que la intensa lluvia había lavado el almidón de los pantalones de los cadetes navales y éstos se habían puesto transparentes dejando a la vista de la concurrencia, la ropa interior usada y expuestas las partes más íntimas, debido a que la chaquetilla corta no protegía esa parte del organismo.

En ese entonces, cada Escalón de tropas desfilaba totalmente separado. La Escuela Militar con su Escalón Militar desfilaba primera, después la Escuela Naval con el Escalón Naval y finalmente hacía lo mismo la Escuela de Aviación con su correspondiente Escalón.

El Presidente de la República insinuó suspender la Parada Militar, recibiendo una cortés negativa del Jefe de las Fuerzas, quien respondió que las FF.AA. chilenas habían soportado peores situaciones y que siempre habían salido victoriosas. Por lo tanto, a pesar del tiempo tormentoso, la Parada Militar se efectuaba de todas maneras.

Se inició el desfile con la Escuela Militar, la cual como de costumbre hizo una impecable presentación. Después pasaron todos los regimientos de infantería, que tenían carros de apoyo con ruedas de aro metálico, tirados por caballos y el Regimiento "Cazadores", efectuó una carga de caballería con las lanzas en ristre, al galope tendido.

Ya el suelo mojado se había convertido en un lodazal increíble.

Para rematar la situación, pasaron los carros de transporte de personal, tirados por caballos, los blindados y al final una impresionante carga al galope tendido del Regimiento de Artillería a Caballo Nº 2 "Maturana", que arrastrando pesados cañones, dejaron profundos surcos en medio del lodazal.

Ahora le tocaba a la Escuela Naval. Aún cuidándose del barro, los cadetes navales tomaron su ubicación para el desfile.

A los sonos del traspaso, comenzó la presentación. La banda empezó el paso regular en el sitio señalado y a pesar del barro pudo encajonar frente a la tribuna presidencial.

Cuando a la banda de cornetas le tocaba acompañar la hermosa marcha alemana "Los Nibelungos", con la cual tradicionalmente desfila la Escuela Naval, los cornetas se dieron cuenta que las boquillas de sus instrumentos se habían tapado con el barro salpicado por el paso regular. Como en esa situación no se podía levantar la mano ante las autoridades, la solución que encontraron fue sacar el barro con la lengua.

Se inició el desfile del resto del Regimiento Escuela Naval. A medida que avanzaba en dirección a la tribuna presidencial, los zapatos nuevos sucumbieron ante la invasión de barro que ingresó por todos lados.

Al efectuar el paso regular, al llevar la pierna arriba, saltaba el barro que arrastraban los zapatos llenos de lodo. Como simultáneamente la formación avanzaba, el barro caía sobre las caras, pechos y gorras de los mismos cadetes. Parte del barro también caía en la parte posterior del cadete que desfilaba adelante.

Así fueron desapareciendo bajo el barro, botones, estrellas, escudos, parches y gorras.

De manera que, visto desde las tribunas, se vio avanzar en un principio a la Escuela con su uniforme tradicional, pero a medida que se acercaba, éste se iba oscureciendo, para terminar pasando ante las autoridades unas bien alineadas figuras humanas de barro, que intentaban hacer paso regular.

Un gran aplauso premió el esfuerzo.

Al salir del Parque y al retirarse transitoriamente la tropa bajo una lluvia inclemente, los cadetes empezaron a mirarse y las carcajadas inundaron el lugar, pues cada cual sólo conservaba visibles los ojos, ya que el resto del rostro estaba tapado por el barro. Del color blanco de los pantalones no quedaba ni un resto; todo era color café. La parte delantera de los dormanes había acumulado suficiente barro como para hacer desaparecer los botones dorados. Las gorras blancas estaban salpicadas de barro.

Incluso, varios cadetes perdieron al menos uno de sus zapatos, succionados por el barro. Era un desastre total.

En previsión de que algún cadete se enfermara o necesitara arreglar su equipo, se había enviado uno de los autobuses de la Escuela, con personal de apoyo.

Rápidamente los cadetes sin zapatos fueron enviados al autobús y se reacomodaron las filas.

Habiéndose limpiado al menos la cara con la lluvia, la Escuela se puso en marcha hacia la Escuela Militar, con la misma gallardía que había llegado a Santiago. La gente que a pesar de la lluvia se agolpaba en las aceras, se sorprendía al ver pasar la formación, cuyos integrantes aunque estaban llenos de barro, sin embargo desfilaban con la prestancia característica de las FF.AA. chilenas y los aplaudían a rabiar.

Llegando a la Escuela Militar, nuevamente la gente se agolpaba en el patio y pasillos interiores para ver llegar a la Escuela Naval.

La Escuela Militar que se había desocupado mucho tiempo antes, estaba formada esperando lealmente a su congénere naval, mojada, salpicada con algo de barro, pero impecablemente vestida, pues habían sido los primeros en desfilan.

Al entrar la Escuela Naval, gritos de asombro se escucharon al ver la diferencia entre una Escuela y la otra.

Sin mediar ningún acuerdo, espontáneamente se escucharon estruendosos aplausos, que sólo se apagaron cuando el Comandante Oxley dio las órdenes correspondientes para tomar la ubicación correspondiente.

Luego, ambas Escuelas rindieron su homenaje al pabellón jamás rendido en combate, bajo una lluvia torrencial, colocando sus integrantes todo su empeño, para demostrar que eran dignos sucesores de aquellos que, ya sea en el desierto o en las cubiertas de los buques, lo defendieron hasta rendir la vida.

Los encargados de la logística, al presenciar los resultados del mal tiempo, actuaron rápidamente ante la emergencia y tenían preparada comida caliente para ambas Escuelas.

Los cadetes militares se cambiaron de ropa, pero los navales no llevaban prendas de reposición. ¡Había que hacer algo para impedir una posible crisis!

La solución fue que cada cadete militar buscó a un naval de su talla y le prestó desde la ropa interior hasta una de sus tenidas de cuartel.

Pronto, sorprendentemente, la Escuela Militar duplicó sus alumnos, pues desaparecieron los navales y sólo se veían militares en tenida de cuartel.

*Fue el día que los marinos se vistieron de militares.*

La ropa mojada fue recogida cuidadosamente clasificada, de manera de entregarla en Valparaíso a su legítimo dueño, menos el dormán que por un acto de magia sobrenatural, alguien consiguió la forma de secarlo, aunque fuera parcialmente, dentro de un tiempo prudente.

El Oficial de Servicio de la Escuela Militar, se distinguía por usar un casco prusiano terminado en una punta de bronce. Cuando trataba de llamar la atención a algún cadete, que transgredía alguna norma interna, éste sin vacilaciones respondía: "¡Soy cadete naval, mi teniente!"

De esta manera, muchos cadetes militares se libraron de un castigo.

Durante la espera, los cadetes de ambas academias vestidos iguales disfrutaban en los casinos, alternando con las buenasmozas que habían acudido al alcázar.

Pasó el tiempo y a las 21.00 horas se tocó llamada a la Escuela Naval, para prepararse para el regreso.

Como no era posible vestir a los cadetes navales con sus mojadas prendas y zapatos deformados por el barro, se decidió hacerlo de la siguiente manera: Dormán y gorra naval, pantalón plomo con vivo amarillo, de la tenida de cuartel de la Escuela Militar y botas militares de color café, de campaña.

A la hora de devolver las prendas prestadas sobrantes, se formó una batahola, que sólo la enérgica actitud de los oficiales puso fin.

Además, por la hora y por tan singular uniforme, se decidió trasladar a la Escuela Naval en autobuses de la Escuela Militar a la estación Mapocho. Pero como los autobuses eran pocos, hubo que hacerlo por parcialidades, lo que retrasó la partida del convoy.

La estación Mapocho estaba llena de gente, especialmente jovencitas, que alternaban con los marinos. Padres con termos, sandwiches, chocolates y con diferentes cosas, se veían por todas partes.

Eran aproximadamente las 23.00 horas, cuando finalmente llegaron los últimos cadetes, con lo cual, se hicieron los preparativos para salir, previamente pasando lista para confirmar que no faltara nadie.

Pronto el pito del conductor avisó que el tren se colocaría en marcha y espontáneamente, los cadetes comenzaron a cantar el Himno de su Escuela.

Era emocionante ver, que a pesar de todas las tribulaciones sufridas durante el día, esa juventud sacaba aún fuerzas, para demostrar el orgullo de pertenecer al instituto formador de marinos.

Los adioses y promesas nunca cumplidas, se escuchaban por todos lados.

Ya el tren en marcha, los cánticos se escuchaban en los diferentes vagones y los gritos de guerra se sucedían unos a otros.

A medida que el convoy avanzaba, el ímpetu inicial fue decayendo poco a poco y el cansancio fue invadiendo a los sufridos cadetes.

Ya en Renca, la mayoría iba durmiendo en las posiciones más increíbles.

Al llegar a la estación de Rungue, donde se debía esperar la combinación con un tren de itinerario, en los vagones sólo se escuchaba el silencio típico del campo. De pronto, se escuchaba el quejido de alguno que había sufrido un calambre o de alguien que al cambiar de posición sufría un dolor muscular.

Las detenciones del tren se alargaban y se alargaban. El tiempo pasaba y aún el puerto estaba lejano.

Al pasar por la Estación de Villa Alemana, se ordenó despertar a la cansada tropa.

Algunos que habían tenido la brillante idea de sacarse las botas, ahora con los pies hinchados no se las podían poner. A otros era imposible despertarlos.

Poco a poco, se fueron despabilando y equipando para desembarcarse en la estación Puerto.

Al llegar a esta estación, el reloj de la torre marcaba las 05.30 horas, vale decir, habían transcurrido más de 24 horas desde que los cadetes estaban en pie.

Lentamente desembarcaron y formaron en avenida Errázuriz para dirigirse por el camino inverso al de llegada, de regreso a la Escuela.

La banda rompió el silencio que invadía la madrugada y la Escuela se puso en marcha.

A los pocos metros se encontraba el monumento a los Héroes de Iquique y los cadetes haciendo un esfuerzo sobrehumano, le rindieron honores a quienes les habían dictado una norma de conducta, que se transmitía de generación en generación.

Los pocos madrugadores y los muchos trasnochados miraban el espectáculo de ver a los uniformados, mitad marinos y mitad militares y no comprendían de qué unidad militar se trataba.

Unos gritaban "¡Vivan los marinos!" y otros con un poco de alcohol en el cuerpo gritaban "¡Qué viva el Maipo!", refiriéndose al Regimiento de Infantería N° 2 Maipo, que tiene su cuartel en Playa Ancha.

Pero la Escuela avanzaba marcialmente hacia su fondeadero habitual en el cerro Artillería.

Al llegar a la subida Carampangue, se ordenó retirada para que los cadetes subieran independientemente por las empinadas escalinatas de la subida Artillería.

El contraste entre lo sucedido en el mismo sitio, en la mañana del día anterior y ahora era abismante. Ya nadie corría, sino que un paso cansino movía a la tropa. Lentamente, como en una agonía, los ciento ochenta y tres escalones y sesenta y cinco descansos fueron quedando atrás, exigiendo un esfuerzo agotador a los exhaustos cadetes.

Al llegar al frente de la Escuela, las Compañías se formaron y el Comandante Oxley exhortó a los cadetes a demostrar que se hacían merecedores a pertenecer a tan selecto grupo de jóvenes chilenos y por lo tanto, se ingresaría a la Escuela como vencedores de una dura jornada.

Ello transformó a los cadetes, inhibiéndoles su cansancio y altivos iniciaron la marcha cantando el Himno de la Escuela, despertando a los durmientes de las casas vecinas y a los de un gran sector del cerro de Playa Ancha, los que por fin pudieron regresar a tan placentera actividad, cuando la tropa llegó a los patios interiores.

Formados en el patio N° 1, en el momento de rendir los honores al estandarte, el Regimiento Escuela Naval se esforzó para hacerlo impecablemente, pues cada cual quería demostrar que la semilla sembrada hacía 71 años, en un día de Mayo en la rada de Iquique, no había sido en vano.

Los cadetes se fueron a dormir con la satisfacción de haber superado todas las dificultades de la jornada y la tranquilidad de haber cumplido con su deber.

\*\*\*

---

\* Capitán de Navío.